

IRVING LOUIS HOROWITZ

REVOLUCIÓN EN BRASIL: LA FASE CONTRARREVOLUCIONARIA

EL ASPECTO más sorprendente de la contrarrevolución en Brasil que culminó con la toma del poder el día de los inocentes de 1964 es el de haber sido estimulado por una serie de reformas relativamente sin importancia; estas reformas instituidas y analizadas por el Presidente Goulart, implicaban ciertos cambios políticos que en otras circunstancias y quizá de haberse realizado bajo la influencia de otro líder no habrían necesariamente provocado la misma reacción.

Básicamente, el programa a desarrollar del Presidente Goulart contenía cinco puntos principales, el primero la repartición de tierras federales comprendidas en una franja de seis millas de extensión a lo largo de ambos lados de los cruzamientos de carreteras, cuya localización aérea estuvo a cargo de las fuerzas armadas brasileñas y bajo su aparente tutela. El segundo aspecto fue la nacionalización de compañías extranjeras aún en funcionamiento dentro del campo de lubricantes, constituyendo esta reforma un acto muy especial puesto que la mayoría de las compañías de esta índole se encuentran monopolizadas por el sector público de la economía.

Podría añadirse que los siete distribuidores privados de lubricantes obtenían enormes ganancias en la realización de sus actividades, constituyendo un serio peligro para el monopolio nacional de lubricantes (Petrobas).

El tercer punto se refería a la legalización del Partido Comunista, siendo ésta una medida mucho menos radical de lo que podría pensarse desde un punto de vista norteamericano, puesto que el grupo comunista había gozado hasta entonces una especie de semilegalidad estatal y no se realizaban represalias en contra de los comunistas que se encontraban en esta condición, siendo sus publicaciones publicadas y distribuidas, pudiendo, por lo tanto, ser sujetas a libre comercio; la excepción básica era únicamente la

de que no podían operar directamente por medio del libre voto, viéndose por lo tanto obligados a operar más activamente dentro de los partidos masivos mayoritarios.

La única excepción había sido la supresión violenta de una asociación comunista de organizaciones campesinas en Río de Janeiro, organización declarada ilegal por decreto gubernamental.

El cuarto punto fue el de conceder el derecho de voto a campesinos analfabetas o semianalfabetas, concesión política sin la cual, se habría hecho imposible la realización de un cambio social sin recurrir a la violencia, sobre todo en la región noroccidental agudamente empobrecida del Brasil.

El quinto punto a considerar y el cual aceleró la oposición de los militaristas "profesionales", tales como el general Humberto Castelo Branco, fue el de la creencia de Goulart de que los miembros del cuerpo armado deberían tener derecho al voto en las elecciones nacionales y que por consecuencia miembros de cualquier rango militar de las fuerzas armadas podrían y deberían tener el privilegio de poder aspirar a puestos políticos; actualmente, la constitución brasileña prohíbe a los miembros de las fuerzas armadas el votar o el ser postulados para puestos políticos, mientras se esté en servicio activo.

La intención de esta propuesta fue la de proporcionar a los rangos militares inferiores la presión suficiente para poder encauzarlas hacia el rompimiento de las *élites* militaristas tradicionales, Goulart esperaba en esta forma anticiparse e impedir si fuera posible el golpe de Estado que se avecinaba.

En una conferencia de prensa el viernes 3 de abril, el secretario de Estado norteamericano Dean Rusk sostuvo que el golpe de Estado de Brasil se debía a un esfuerzo hecho para proteger la Constitución, sin dar más evidencia de que esto obedecía a que había sido proporcionada por sus oponentes brasileños; siendo así, en nombre de la democracia y por medio de un edicto, los derechistas cancelaron la reforma agraria de Goulart tan pronto fue emitida; así, en nombre de la libertad, los distribuidores privados de lubricantes serán legalizados aunque constituyan una seria amenaza para la vida misma de la Petrobras y con la bandera de lucha en contra del comunismo, los terratenientes de Goiás formaron su fuerza privada denominada "pro defensa de la propiedad privada", dedicada a aterrorizar al campesinado.

Aún para agudizar más esta batalla en contra de las reformas agrarias, el gobernador de São Paulo, Adhemar de Barros, uno de los líderes de la presente contrarrevolución, juramentó a su ejército privado de 40 000

hombres en contra de Goulart vendiendo, asimismo, ametralladoras, rifles y armamento a los terratenientes de todo Brasil; por lo tanto, en nombre del constitucionalismo, los derechistas han violado todas las normas existentes de proceso legal, actuando a través de edictos militares sobornando tropas de oposición, apresando a los líderes de los trabajadores y exilando a los gobernadores tales como Miguel Arraes.

El golpe sin derramamiento de sangre solamente muestra que la violencia lleva muchas máscaras, siendo su propósito y no sus hechos los que determina la calidad de las revoluciones.

Debe, sin embargo, aclararse que la intervención de los Estados Unidos en el golpe de Estado es probablemente mucho menor de lo que proclaman, tanto los oficiales del Departamento de Estado o como lo enfatizan públicamente los seguidores de Goulart; lo que sí es verdad es que, a través de las presiones causadas por el Eximbank, la ayuda exterior fue reducida al mínimo y se realizó una seria huida de capital americano de inversiones hechas por los Estados Unidos, lo cual fue estimulado más por Brasil que deseado por los Estados Unidos.

Lo anterior puede ser afirmado puesto que existía una decisión consciente adoptada por el gobierno de Goulart, y aun secundada por Celso Furtado y Hermes Lima, de sacrificar la ayuda norteamericana hasta donde fuera posible procediendo a la reestructuración de la industria brasileña por medio de su reorganización, más bien que a través de inversiones extranjeras, lo cual ya había sido encauzado y habíase considerado benéfico durante los regímenes de Dutra y Kubitschek.

Sin embargo, debido a que una gran cantidad de las inversiones extranjeras eran canalizadas al engrosamiento de establecimientos militares, la minimización de tales programas asistenciales afectaban seriamente al futuro de la *élite* militarista, en mayor grado aún que a la nación como tal.

Por lo tanto, el retiro artificial de asistencia tuvo el efecto galvanizante de lanzar a los militares a la acción directa, a pesar del hecho de que la ayuda exterior no presentaba un estado crítico dentro del término de desarrollo de la economía brasileña.

El hecho de que el Departamento de Estado proclamara un documento pretencioso relacionado con la comunización del Brasil solamente una semana anterior a la contrarrevolución no es sino un hecho fortuito, puesto que el reporte actual fue preparado hace meses y era conocido por las autoridades brasileñas mucho antes de hacerse a luz públicamente; lo que sí es evidente es el crecimiento de la hostilidad norteamericana hacia Goulart, especialmente después del referéndum emitido en enero de 1963 que

marca el tránsito hacia el presidencialismo y no es menos evidente que los Estados Unidos habrían continuado trabajando con la administración de Goulart si hubiera sobrevivido a la crisis militar; en vista de lo anterior, los diarios increíblemente demagógicos, y las declaraciones semificiales emitidas en contra de Goulart desde Washington en las últimas semanas, solamente hacen entrever acuerdos secretos con propósitos fraudulentos de fuentes norteamericanas, donde no deberían ser permitidas.

Es en extremo importante que los Estados Unidos mantengan una posición diplomática que reconozca las violaciones básicas al constitucionalismo involucradas en este golpe de Estado y que no únicamente acoja los regímenes transitorios como a los liberadores de la economía americana y de los intereses políticos nacionales.

En este sentido, una política de prudencia y entendimiento es necesaria puesto que indudablemente, llegará el hecho de que las sanciones que originan un golpe de Estado tendrán un efecto regresivo y desastroso para la política exterior de los Estados Unidos.

Lo anterior es aseverado puesto que ni los golpes derechistas, ni los izquierdistas pueden ser menos pecaminosos o más virtuosos, y si solamente se da apoyo a los primeros, será evidente que no es al golpe de Estado lo que se apoya, sino su reacción.

El apoyo inmediato dado al presidente de transición Ranieri Mazzilli y la profusidad de ofrecimientos de ayuda económica habla muy pobrememente en el alejamiento de los temores que esta manera de conducir los asuntos exteriores en Latinoamérica causa en el ánimo de los países que ven en esta forma de conducción de la política norteamericana por Thomas Mann, tal y como lo afirma Tad Szulc, "una simple aplicación a la Política del Dólar".

Una vez alejada esta impresión de los Estados Unidos, habrá de postularse la existencia de factores ocultos inmiscuidos que implicaban el hecho de que aun estas reformas "leves" eran incompatibles para una gran cantidad de las clases tradicionales del Brasil, pero no existe evidencia precisa para ninguna de las dos hipótesis.

En primer lugar, el llamamiento del Presidente João Goulart hecho a las clases bajas de la *élite* militar causó una intranquilidad a la *élite* elevada, a grado tal que sus miembros tales como el mariscal Humberto Castelo Branco y el general Amaury Kruehl, sintieron que el llamamiento de Goulart causaría una insurrección.

En segundo lugar, es evidente que las clases elevadas no estaban tan preocupadas por las reformas inmediatas tanto como por resultados que

veían con consecuencias posteriores engendradas por la reforma agraria y la confiscación industrial.

Lo que hombres como Carlos Lacerda y Magallanes Pinto habrían de temer era el efecto cristalizante, es decir, que una vez que la situación para el establecimiento de un sector público alcanzara su punto crítico, ya no habría posibilidad de combatirlo, lo cual era terriblemente inquietante para las clases capitalistas de São Paulo y Minas Gerais; relacionando ambos hechos puede entenderse las bases de la alianza temporal realizada entre las fuerzas militares conservadoras y la burguesía, cada cual con su motivación; así considerado, el colapso de Goulart puede atribuirse a un error estratégico, puesto que por haberse permitido la introducción de ambos sectores simultáneamente, permitió también la cristalización y movilización de la oposición.

El derrocamiento de João Goulart es así la herencia final de Janio Quadros. El movimiento "Jan-Jan", que levantó tanto a la fuerza social como militar ya ha tenido su epílogo, desde el punto de vista de conservadores tales como Marshal Odylia Denys; la frustración al no haber podido establecer una pausa gubernamental en el momento de la renuncia al poder de Quadros en 1961 ha sido un punto crítico con un poderoso elemento personal involucrado: el factor contrarrestauración de trabajo y por lo tanto opuesto a Goulart. La misma motivación y la misma fuerza son causantes de este derrocamiento, así como lo fueron para impedir a Goulart mediante su eliminación, el alcanzar el puesto de Ministro de Trabajo en 1952; la constante displicencia de Goulart hacia este elemento fue culminada con su llamamiento a la tropa, simplemente no tomó en cuenta la furia de sus enemigos militaristas al ser derrotados, furia que se debatía y operaba tanto en el campo del profesionalismo militar como en el de los grupos políticos conservadores.

La misma poderosa oposición del segundo ejército contra Goulart en 1961 se acrecentó con el tiempo. Mariscal Denys, una figura sobresaliente en la anterior tentativa del golpe de Estado que logró conservar su fuerza dentro del Segundo Ejército, obviamente en el momento del golpe de Estado el *Jornal do Brasil* mostró una fotografía de Denys "vacacionando" en el centro mismo de la conspiración, Juiz de Fora, acompañado de otro de los líderes de la conspiración, el general Olimpio Mourao.

Los conspiradores obtuvieron así su venganza final en contra de Goulart, quien a su vez había neutralizado sus esfuerzos previos para cancelar las normas democráticas. Mientras tanto, las tentativas de Goulart para crear una conciencia común entre su gobierno y los grupos de militares conser-

vadores probaban ser ineficaces, como es evidenciado, por la presteza con la que el personal militar movilizaba su expulsión.

Al mismo tiempo que se realizaban los esfuerzos fútiles de Goulart para reforzar su posición, dentro del Segundo Ejército, sus oponentes terratenientes tales como Carlos Lacerda, Magallanes Pinto y Adhemar de Barros movían todos los medios posibles para ganarse el control del Primero y Cuarto Ejércitos. También, el gobernador de Río Grande do Sul, maniobraba para debilitar la posición largamente sostenida por Leonel Brizola sobre el Tercer Ejército designado a esa zona.

Goulart, desde este punto de vista, estaba justificado en pensar que tenía una gran ascendencia sobre el Tercer Ejército debido a la larga permanencia de su cuñado en él, así como sobre el Primer Ejército que se encontraba bajo su dominio. En esta proporción, las temerarias medidas adoptadas por Goulart estaban únicamente dictadas por su sobreestimación del grado de control que suponía tener sobre las fuerzas armadas.

Como una prueba de su poderío militar podríamos considerar la amnistía concedida mediante decreto promulgado en relación con el perdón de los 1 400 marinos que se rebelaron en contra de sus oficiales (y cuyas razones aún se desconocen), lo cual le dio algunos beneficios y no constituye necesariamente un esfuerzo de disminución del personal militar como tal.

El hecho de que los derechistas se hayan visto en la necesidad de descartar a 122 oficiales (incluyendo 16 generales y 5 almirantes) del servicio activo después del golpe de Estado constituye una clara indicación de que la influencia de Goulart entre los militares permanecía siendo considerable, y que solamente mediante la habilidad de los grupos derechistas militaristas para forjar una alianza temporal con los bandos políticos derechistas podrían asegurar la victoria.

Vayamos ahora más directamente a las debilidades de la administración de Goulart que hicieron posible su relativamente fácil derrocamiento.

Como ya lo hemos indicado, Goulart sobreestimó la radicalización de la *élite* militar convencionalista, resultado lo anterior de su confusión con los términos nacionalismo y radicalismo. Fracasó al no comprender que la vigilancia del sector nacionalizado no aseguraba de ninguna manera la contención de la burguesía.

Asimismo, sobreestimó el poder de la autoridad tradicional para emplear su influencia sobre los bajos niveles o rangos militares en un momento de emergencia política. Es cierto que la milicia del Brasil es el guardián del sector nacional, y no es probable que este modo tutelar sea disuelto en futuras administraciones.

Pero lo que no es verdad es que la anterior organización fuera más allá hacia formas radicales de expropiaciones posteriores o que los militares fuesen capaces o desearan encauzar a Brasil dentro de un socialismo encabezado por las clases trabajadoras urbanas.

Y ciertamente no se encontraba tampoco en disposición de establecer un ejército cromweliano, de liderazgos que pueden ser transplantados hacia los rangos inferiores, lo que hubiera sin duda causado la desmembración de todo el mecanismo.

La sobreestimación del deseo y la determinación del sector capitalista económico, se debió en gran parte a su incapacidad de apreciación de su fuerza y totalidad. Tanto él como sus consejeros fracasaron en considerar la posibilidad de que aunque el sector capitalista por sí mismo no podría afectar a la contrarrevolución, sí tenía aún suficientes aliados, "naturales" entre los terratenientes y no menos aún entre los militares como para movilizarse hacia una posición efectiva. De hecho la burguesía urbana no organizó una coalición con los latifundistas, puesto que con mucha más facilidad que el proletariado urbano podría integrarse en un arreglo con sus "aliados naturales", los campesinos de la región noroccidental. Para estar seguros, inmiscuían factores de tipo lógico y vías de comunicación. Sin embargo, el hecho es que aún en el periodo de decrecimiento, las fuerzas conservativas fuera del poder probaron ser más aptas que las que lo poseían en tácticas de organización derrotando así a los detentadores del poder.

Un factor principalísimo para lo anterior fue el personalismo exagerado de Goulart; durante sus tres años de presidencia se ignoró totalmente la creación de una jerarquía de líderes, de hecho se notó la absoluta ausencia de una posición intermedia estable en el proceso de adoptar determinaciones. Los cambios constantes entre una serie de políticos añejos y la relativa complacencia de las nuevas figuras de sus indeterminados y variados gabinetes, es una firme indicación de que en cierta medida él solamente aparece como un oportunista político más bien que como un estadista.

Casi todos los miembros importantes de los gabinetes gubernamentales de Goulart habían ocupado presidios semejantes en administraciones posteriores; estos intercambios inútiles y la constante circulación de *élites* anteriores deben haberle confirmado su invencibilidad, debe haberle parecido que de esta manera no tendría que temer a ninguna amenaza exterior y que creaba así las bases necesarias para su propia sucesión.

Una de las debilidades más importantes del régimen de Goulart fue su

candidez ideológica, particularmente las confusiones en que incurrió como líder. Las acusaciones frecuentes de que era un buscador de poder y que difícilmente debería confiársele, en tanto que probablemente infundadas, sí recibieron una casi confirmación por su tibieza de acción. El anticomunismo de Lacerda era claro, pero el prosocialismo de Goulart no lo era; nadie pudo realmente saber nunca cuáles fueron realmente sus propósitos, siendo así que en cada uno de sus discursos se puede hacer fácilmente evidente la lucha entre una especie de Democracia Cristiana italiana, una variedad de Laborismo Británico, una fe firme en los distintos organismos tradicionalistas que a su vez constituía una especie de cesarismo heredado en parte de su padre político Getulio Vargas.

Más aún: nunca fue visto con la suficiente nitidez si Goulart veía sus intereses como relacionados con el bloque occidental, como lo han indicado con claridad y adoptado los derechistas del Brasil o si acaso Brasil pertenecía al tan en boga tercer bloque o tercera posición, que sin lugar a dudas constituía el aspecto más claro de la política de Janio Quadros, o si más aún, Goulart planeaba instaurar una república socialista semejante a la de Cuba o más apropiadamente aún a la de Yugoslavia.

La ambigüedad sobre los propósitos o tendencia del Brasil constituye así una necesidad de cohesión social, para lograr así la cooperación de ciertos sectores sociales que en otra forma serían fragmentados, sin embargo, esta ambigüedad cuando es efectiva, puede constituir una buena arma estratégica. La dificultad consistió en que en el caso de Goulart su ambigüedad ideológica fue construida y adoptada por todos los sectores institucionales y rectores de su régimen.

Esta inestabilidad o imprecisión impidió la intervención y movilización de las masas en los periodos de crisis, sirviendo asimismo para descorazonar a sus seguidores y al mismo tiempo para cristalizar a sus oponentes.

Goulart rechazó la formación de grupos claves de concentración y unión en Río, Brasilia y otros centros industriales; habiendo estado dispuesto a aceptar los términos de un conflicto armado total, su posición hubiera estado garantizada, pero en manera semejante a la de Juan Perón hace una década, era congénitamente incapaz de permitir que la iniciativa fuese transferida de su *élite* personal hacia la masa del proletariado.

El movimiento laborista del Brasil desde sus orígenes, ha sido una derivación del Partido Laborista del Brasil; de ello su relativa impotencia en tiempos de crisis. Puesto que siempre ha derivado su capacidad de organización del grupo de líderes tradicionales, esencia falangista de un sindicalismo reaccionario, el cual fue tan común al régimen de Goulart, como

lo había sido en el de Vargas, incapaz de desarrollar formas espontáneas e independientes que pudiesen crear una conciencia colectiva, lo que necesariamente habría de sufrir las consecuencias de una *élite* paternalista que dañaría la versión adoptada por Goulart del "nuevo Estado" ya intentado por Vargas, dentro del que "el líder" es el eje de balance de toda la estructura social y sus seguidores son contrapeso y potro ariete de embate en contra de sus "oponentes". Los esfuerzos de los sindicatos de trabajadores para obtener su independencia del aparato político del Partido Laborista Brasileño y de Goulart fueron un fracaso, y la interacción ambivalente que causó entre el régimen y las cooperativas comerciales condujo a una desorganización política y a un fracaso sindical incapaz de movilizar una defensa masiva en contra del mismo gobierno.

La tragedia de los trabajadores fue la de encontrarse en el dintel de formas nuevas de organización masiva cuando tuvo lugar el golpe de Estado; de hecho, la misma realización del movimiento en ese momento constituyó una respuesta anticipada a una época en la que la fuerza laborista habría tenido la suficiente fuerza como para oponerse a una revolución.

Este temor fue continuamente expresado en los diarios por el deseo de Goulart de formar lo que él llamó "un contragolpe" para poder retener el poder en forma definitiva.

Esta ideología paternalista que ocupaba un sitio preponderante dentro de las relaciones laborales heredadas por Vargas a Goulart serán sujetas a crítica en el futuro, especialmente debido a que, en lo futuro, en lugar de un padre benevolente y protector en el palacio de gobierno, tendrá que enfrentarse a un vicioso padrastro.

Goulart tenía el deseo de ser exilado, más bien que arriesgar una situación político-militar que pudiese, llegado el caso, cambiarle su fisonomía, de un tipo convencional de demagogo latinoamericano al de líder revolucionario; era éste el "momento de la verdad" que expulsó a Goulart del poder.

El probó ser más bien el tipo burgués brasileño aterrado por cualquier forma de violencia que el hombre consciente de una misión radical; su debilidad cedió terreno a las demandas de los sectores sociales radicalistas y su misma debilidad le hizo capitular antes de combatir al iniciarse la fase crítica.

El aspecto más extraño del golpe contrarrevolucionario realizado con una consigna anticomunista, es actualmente la temática misma enarbolada por el Partido Comunista puesto que ajenas a cualquier falso alarmismo o misticismo, las fuerzas comunistas de Prestes y Gorender resurgieron sólida-

mente en contra del régimen de Goulart una vez que los ataques golpistas mostraron signos de progreso.

En abril primero, el Partido Comunista publicó un memorándum en la voz autorizada del *Jornal do Brasil* y haciendo a Goulart, Leonel Brizola y al almirante Arago responsables de ello por su exceso romántico y por haber tratado de realizar la reforma agraria con impremeditación y demasiada rapidez.

Lo anterior fue dicho en el mismo día en que los obispos de São Paulo y Minas Gerais dieron su apoyo a los proyectos reformistas del régimen de Goulart; de hecho, en el momento mismo en el que la legalidad y la democracia estaban siendo amenazados, lo cual fue aprovechado por comunistas brasileños para denunciar al gobierno constituido legalmente.

Lo que es aún más increíble por no decir nefasto es el hecho de que los comunistas creen actualmente que el colapso del régimen de Goulart era una señal para que se apoderaran del poder, siendo así que miembros activos del partido iban por las ciudades como heraldos anunciando la "victoria de la revolución", siendo que después del caos debería suponerse que se harían claras las finalidades del comunismo.

La única forma de acreditar esta traición del Partido Comunista hacia los gobiernos instituidos es la aceptación burocrática del modo de actuar soviético cuando se generan la violencia y el desorden y se encauzan hacia un pacifismo ilusorio en medio de la violencia de los golpes de Estado. El ataque comunista al régimen de Goulart constituye un resurgimiento irónico del militarismo para "liquidar a los comunistas que se habían infiltrado en la administración de Goulart".

Para balancear la ironía de la contrarrevolución brasileña, la iglesia católica permaneció firme en la consecución de los principios reformistas agrarios promulgados durante el régimen de Goulart particularmente en la parte noroccidental, bajo el mando del arzobispo de Recife, Helder Pessoa Camara, y con intermedio de los grupos de Acción Católica mantenían una posición mesurada en relación a la disputa entre los militares y Goulart y los brotes de violencia que culminaron dando a la reforma agraria una máscara de pacifismo ilusorio, lo cual instigó a líderes como Carlos Lacerda a hacer un llamamiento para que se investigasen los propósitos de la iglesia y lo lanzó a ataques en contra del arzobispo Camara, tildándolo de ser "un hombre que cultivaba la miseria como cultivar cabezas de lechugas"; el hecho es que la iglesia definió su posición como defensora de la política de Goulart y no de las tendencias comunistas. Es también irónico el hecho de que Goulart no haya sabido capitalizar este apoyo en tanto que sus

opponentes sí fueron capaces de manipular con los símbolos cristianos en la semana de pascua, cuando se realizaron los movimientos preliminares para su expulsión.

Los regímenes de Quadros y de Goulart, aunque esencialmente centralistas, se encontraban en esencia preparados para ser engullidos por las alternativas socialistas de una organización económica, lo cual se ha hecho patente, razón por la cual se diría que la fase contrarrevolucionaria constituyó un grave allanamiento del camino que facilitó una alianza potencial con la concepción comunista de Kruschev. Brasil, como Indonesia, fueron indudablemente el centro de atención estratégica para los comunistas chinos y soviéticos; para ser asimilados dentro de los suaves y ásperos caminos del comunismo. El hecho es que el colapso de Goulart no puede representar otra cosa sino las más serias repercusiones para la clase trabajadora y campesina del Brasil.

Estando el poder del campesinado en manos de líderes como Francisco Juliao fue constantemente atacado durante el periodo de Goulart, de lo cual puede desprenderse que la táctica "china" era la de diezmar el poder, atrayéndose constantemente un sector significativo de los líderes izquierdistas, lo cual sería reforzado por el incesante golpeo del "se los advertí" de la escuela maoista del Brasil.

Y puesto que la táctica maoista también puede operar con respecto a los trabajadores industriales, generó también un aumento de la violencia, diezmando la fuerza de los terratenientes y la debilidad de los campesinos, sin que pudiesen evitarlo. El maoísmo en este caso fue empleado en el sentido más amplio de un marxismo extremista militante, como ha sido diferenciado por las tácticas consensualistas del comunismo soviético orientado.

Puede de esta manera detenerse el proceso de la industrialización y urbanización para dar paso a un crecimiento de las actividades militaristas revolucionarias tanto en el campo como en la industria, lo que ya es evidente; en otras palabras: el crecimiento del militarismo nunca habría sido posible que se realizara dentro del campesinado o los trabajadores industriales si únicamente hubiera sido apoyado y hubiera dependido de la habilidad o incompetencia de los gorilas militaristas que deseaban canalizar sus ambiciones políticas hacia los sectores de depresión de la sociedad brasileña.

En general, la psicología del brasileño de aceptación y contemplativismo respecto a sus líderes y su sentido paternalista está cambiando rápidamente; un conflicto simbólico crece constantemente en el aumento de las posibilidades de un rompimiento del *statu quo* en la naturaleza brasileña, sin duda, tanto el campesinado como el proletariado urbano solamente tienen que

analizar la actitud de los líderes desprendidos del golpe de Estado y juzgar la dirección que han tomado las cosas y sus consecuencias futuras.

Si el éxito de un golpe de Estado depende de la alianza entre la burguesía y los terratenientes rurales, el éxito de una revolución popular estaría garantizado mediante la coalición entre el campesinado rural y los trabajadores. No se puede esperar de un líder de tipo Vargas un éxito ni siquiera mesurado. La cooperación entre el proletariado rural y campesino es continuamente entorpecida por la continua migración a la ciudad de los últimos y constituyéndose en una amenaza creciente para los salarios de los primeros, y la rigidez derechista puede estimular la búsqueda de formación de comunidades de individuos empobrecidos que pudiesen constituir una amenaza posterior.

Finalmente, deberíamos mencionar que la distinción entre una revolución proveniente de la necesidad de superación de las clases inferiores y aquella provocada por la burguesía nunca antes había tenido tanto éxito como la que ha sido provocada por los últimos en el Brasil. Es evidente que las únicas revoluciones benéficas han sido aquellas que han eliminado total o parcialmente a una *élite* militarista establecida; lo anterior se hace positivo en México con Zapata, con Víctor Paz y Juan Lechin en Bolivia y también con Fidel Castro en Cuba. Las revoluciones instigadas por la clase dominante, aun cuando se afirman por un periodo relativamente largo, como la de Guatemala de 1950 a 1954, se encuentran siempre bajo la amenaza de aniquilación.

La creciente y desconcertante fe de países tales como Argentina, Perú y Brasil en fórmulas de tipo nasserista, se desmorona ante el hecho de que en Egipto no existían intereses sectarios altamente desarrollados, los cuales fueron creados por Nasser después de la revolución, y puesto que en Latinoamérica existe, en forma contraria a Egipto una clase burguesa firmemente asentada anterior, una clase trabajadora perfectamente definida y una próspera *élite* de terratenientes, el paralelismo entre Egipto y Latinoamérica simplemente no encaja.

Es, en forma inequívoca, una prueba irrefutable de ingenuidad de los revolucionarios latinos *elitistas* el creer que pueden constituirse en un éxito militar semejante al del Medio Oriente, con sus peculiaridades históricas particulares y no bajo condiciones relevantes y características de las estructuras sociales latinoamericanas.

Argentina ya ha sufrido su Nasser, su nombre fue Juan Perón, cuyas hazañas encuentran su reflejo en Madrid; Brasil ya ha tenido también su

Nasser, su nombre ha sido João Goulart y sus realizaciones han sido postergadas en forma clara junto con él en una villa uruguaya.

La polarización de las fuerzas sociales y de los sectores sociales en Brasil han sido agudizadas por medio de realizaciones crecientes en los procesos revolucionarios, siendo este tipo de conflictos creados en forma simultánea y expectante con fracasos de tipo económico expresados mediante nacionalizaciones crecientes de la industria, redistribución de tierras y la aceptación del campesinado dentro de los privilegios políticos.

La clase media optó por el derechismo debido a que las otras formas parecían estar situadas entre formas de desenvolvimiento socialista radical que le excluían en la participación política. Es decir, que bajo la dirección de Goulart entraron en juego varias formas de movimiento masivo del campesinado rural, el proletariado urbano y profesionalistas que parecían querer englobar e inutilizar a la clase media.

Los postulados "integralistas de neofascismo brasileño de Plinio Salgado" se convirtieron en el vehículo ideológico mediante el cual la clase media podría recuperar su posición privilegiada, lo que tampoco podría haber sido realizado en forma independiente sin el pacto de fuerza que le proporcionaba el apoyo eclesiástico, intrínsecamente; este apoyo nunca llegó, puesto que los arzobispos que encauzan el pensamiento eclesiástico reafirmaron su propósito de apoyar la reforma agraria y la confiscación inmediatamente después de la caída de Goulart. Sin embargo, las fuerzas pro Goulart nunca fueron capaces ni desearon hacer un empleo inteligente del apoyo que les ofrecía el clero, puesto que los llamamientos demagógicos hacia una conciencia cristiana fueron inteligentemente utilizados para crear un sentimiento masivo en contra del propio Goulart.

En la forma anterior, las disparidades ideológicas tradicionales entre la iglesia y el Estado, entre el catolicismo y el positivismo sirvieron para inyectar la noción de "negación del concepto de Dios" en la situación, y cuando esta postura ideológica se fundió con el alto grado existente en ese momento de cooperativismo entre los militares derechistas y la clase media, la aversión por Goulart adquirió caracteres desastrosos.

El gobierno pacifista y cuidadoso de Castelo Branco encuentra su principal motivación en la labor central de destruir los derechos que Goulart había supuesto violados: las garantías constitucionales, elecciones libres, gobierno íntegro, etc. . . . , *ad nauseam* . . . (hasta un grado repugnante). La popularizada "limpieza moral" se encuentra ya en vías de realización —mediante la suspensión de los derechos civiles— efectuada por políticos notables, escolares y soldados. Y con la intención de realizar la búsqueda de

grandes concesiones crediticias de los Estados Unidos y sus financieras afiliadas también se halla en movimiento el proceso de "saneamiento económico".

No debería ser considerado que esta unión entre las clase urbana media y los gorilas militaristas es necesariamente transitoria y que está destinada al fracaso; la sociedad brasileña es altamente sectorial, con una inmensa concentración de poder y riqueza en las regiones del Sur, que son al mismo tiempo las más prósperas, hablando en términos de financiamiento; es perfectamente posible que al ser dada una tónica de simulación económica externa bien cimentada, la clase media del Brasil alcanzará la posición de Francia en Europa o que realizando un milagro de planeación, que al mismo tiempo respete el equilibrio económico pueda tener éxito, cosa que nunca ha sucedido en el pasado, puesto que a pesar de ser posible, Brasil, a diferencia de Francia, no ha podido desprenderse de sus herencias feudales.

La reconsideración de su posición del *New York Times* (abril 12 de 1964), proporciona una adecuada y sobria estimación de la situación, después de indicar que el Brasil del antaño, así como el de mañana, tenía y volverá a tener la reputación de ser el más grande poder económico de Latinoamérica, así como la democracia más desarrollada.

Todo parece indicar que el Brasil de hoy donde un edicto sumario sobrepasando toda relación de sujeción mediante el poder ejecutivo impuesto por un gobierno militarista temporal podrá perpetuarse, por su condición misma de ser inclusive anterior al nombramiento de un nuevo presidente puesto que se habían retirado poco más o menos el 10 por ciento de los miembros del Congreso legalmente elegidos y habiéndose suspendido los derechos de muchos oficiales y de otras personalidades en variedad de posiciones izquierdistas, sería un día aciago para la historia del Brasil, concluye el editorial, aquel en que perdiera su reputación de liberalidad intelectual, artística y periodística y aquel en el cual fuera pisoteada su democracia política bajo la presión de un estéril anticomunismo.

Existen cuatro amplias posibilidades de desarrollo en gran escala para el Brasil: la primera, el crecimiento global de las organizaciones campesinas, incluyendo los sectores urbanos, el clero y los políticos afiliados al izquierdismo en la región noroccidental, dentro de una variante de organización maoista; en segundo lugar, el crecimiento de una sociedad mercantil independiente semejante en estructura y contenido a la de la Organización Internacional de Comercio (O.I.C.), pero con una orientación ideológica más radical; en tercer lugar, la clase media del Brasil puede madurar propor-

cionando de esta manera el encauzamiento necesario para soportar el desarrollo del Brasil y mantenerlo dentro de un planeamiento similar en contenido al desarrollo norteamericano, y en cuarto lugar, que las *élites* militaristas y de terratenientes del Brasil puedan volver a establecer su poder y fuerza tradicionales para poder mantener al país dentro de un enmarcamiento orbital agrícola-económico.

Cada una de las anteriores opciones tiene una debilidad fundamental: la primera es que el Brasil no es China, a pesar de sus similitudes; la fe desmedida en soluciones de guerrillas fracasa al no tomar en consideración la debilidad actual del sector campesino o la fuerza de sus terratenientes antagonistas.

En segundo lugar, el movimiento de unión mercantil ha sido desprendido de bases sumamente débiles y no existe la menor indicación que tal movimiento pudiera solucionar o solucionara efectivamente las demandas de un movimiento real hacia un socialismo demócrata.

En tercer lugar, las clases medias del Brasil han estado tan terriblemente distanciadas y ciegas hacia sus necesidades básicas fundamentales y tan felizmente apoltronadas en dichosa existencia de afluencia de consumidores como fue indicado por las revistas *Look*, *Life* y *Fortune* que habría necesidad de una reestructuración importante de su razón de ser y de su orientación para convertirla en una especie de "Burguesía juramentada" que pudiera mantener un crecimiento vigoroso constante sin necesidad de una revolución.

En cuarto lugar, para que los militares y los terratenientes se mantuvieran en el poder, tendría que ser establecida una especie de economía internacional estabilizada, la cual redujera los espacios entre los altos costos de los bienes de importación y los bajos precios pagados por las materias primas provenientes de la agricultura y la minería. Puesto que ninguna de las tendencias anteriores parece ser aparente la posibilidad de un *statu quo ante* es altamente improbable.

La semblanza anterior nos hace ver que la continuidad en el crecimiento económico del Brasil se encuentra limitada por la clase dominante, y por antagonismos raciales, clasistas y seccionales. Puede darse el caso de que el poder potencial del Brasil forzaré la situación hacia un desarrollo prematuro en su proceso de desarrollo en forma tan diferente a la de cualquier otro país de Latinoamérica, pasando la victoria al sector (o sectores) que muestre una organización benéfica y posea al mismo tiempo un firme deseo de gobernar.

La fase contrarrevolucionaria actual, en la revolución social del Brasil en proceso de desarrollo, es quizá una fase necesaria en la completa realización de una Democracia masiva y socialista, y bien pudiera ser que la derrota de Goulart no haya constituido el derrocamiento del izquierdismo, sino la destrucción final de una posición centralista que no se inclinaba hacia ninguna forma de gobierno.

(Traducción de Eduardo Cárdenas Larios.)